

La extraña experiencia de Linares

Recuerdo que nos encontramos en la Estación Central para tomar el tren nocturno a Chillán. Eran los primeros días de enero de 1972 y nuestro destino era Linares.

Con el compañero **Juan** militábamos en ese tiempo en el GPM 8 y hacíamos trabajo político en pobladores, pero pertenecíamos a unidades diferentes. Él, en la zona donde antes había estado la Viña El Carmen y que, en esos momentos, albergaba poblaciones como la Primero de Mayo y la José Cardinj. Yo, por mi parte, trabajaba en poblaciones y campamentos ubicados al interior de Renca, más allá de la plaza y de la iglesia El Señor de Renca.

El motivo del viaje a Linares era que el MIR había decidido dar su apoyo a María Eliana Mery, hermana del asesinado director zonal de la CORA (Corporación de la Reforma Agraria) de Linares, el 30 de abril de 1970. Aunque su candidatura se presentaba como independiente, María Eliana Mery representaba y era apoyada por los partidos de izquierda, y trataba de derrotar a Sergio Diez, un conocido político del Partido Nacional. Se trataba de una elección complementaria y se luchaba por un escaño en la Cámara de Diputados por la 14ava Agrupación Departamental (Linares, Loncomilla y Parral).

Siguiendo el llamado del partido, muchos de nosotros hicimos entonces nuestros bártulos y partimos. A pesar de que desde nuestra estructura se desplazaron un importante número de compañeros, el compañero **Juan**, cuyo nombre real era **Mario Gho Alarcón** y yo, viajamos juntos.

Hay que recordar que el MIR siempre se abstuvo de participar en las contiendas electorales. Por tanto, la intención de desplazar militantes y cuadros hasta allí no era otra que -aprovechando la efervescencia electoral- se llegara a apoyar el trabajo que realizaba tanto el MCR como el MIR en Linares y sus alrededores. La idea era llevar las ideas revolucionarias a fundos y predios que estaban tomados, autogestionados, o en proceso de expropiación. La tarea principal era agitar y organizar al campesinado.

Al llegar nos concentrábamos en una casa blanca que pertenecía o había pertenecido a un dirigente socialista de la ciudad. La edificación era de un piso, de material sólido, y estaba ubicada en el centro de Linares. En ese lugar -sobre todo el compañero **Anselmo Cancino**, encargado del MCR local- pero también otros dirigentes, impartían las instrucciones y orientaciones sobre la situación en la zona y el trabajo a realizar por quienes veníamos de la capital o las regiones del sur.

Creo recordar que a pesar de que, Linares era ya un Regional, durante nuestra estadía parece ser que las tareas eran dirigidas por la Comisión Política, con Roberto Moreno que, por ser encargado de campesinos, y por el hecho de que había militantes venidos de todo el país (principalmente de Concepción, Valdivia, Temuco y Santiago), actuaba como jefe principal. A nivel local, estas directrices eran coordinadas, como dije, por el compañero Cancino.

Junto a la mayoría de nosotros que éramos solo militantes de base, llegaron también a la zona otros tantos que venían en su calidad de dirigentes de masas, como era el caso de Víctor Toro, Alejandro Manque o Milton Lee a quienes pudimos ver en la casa. Con varios de ellos coincidimos en la casa.

A nosotros, al compañero **Mario Gho** y a mí, nos destinaron a un pequeño predio que había sido abandonado por sus dueños y que, ahora, se encontraba en manos de sus trabajadores quienes lo autogestionaban. Estaba ubicado hacia el poniente, a unos treinta o cuarenta minutos de la ciudad. Si no

me equivoco el sector se le conocía como La Palmilla. Esa misma tarde, cuando ya se estaba poniendo el sol, nos fueron a dejar hasta allí en un viejo “Coloso” tirado por un tractor todavía más viejo.

Aunque había provisiones en la casa donde llegamos, el encargado de los grupos provenientes de Santiago -a todas luces un compadre proveniente de los sectores estudiantiles- nos informó que una parte del trabajo consistía en ser “autosuficientes” y que la estancia en el lugar de destino significaba también lograr “que los campesinos nos proporcionaran los medios de subsistencia”. Por tanto, lo único que pudimos obtener de la despensa fueron tres latas de “chancho chino”, cuatro hallullas y dos naranjas, creo recordar.

De Santiago nosotros sólo traíamos una mochila con un par de mudas de ropa, jabón, cepillo de dientes. Y el saco de dormir y la cantimplora comprados usados en los almacenes del Ejército. Así es que andábamos escasos de fondo porque también compramos el pasaje de ida y vuelta.

Al llegar a nuestro destino, comprobamos la pobreza extrema en la que vivían alrededor de diez familias del predio en cuestión. Las “casas” no eran otra cosa que unas ramadas cuyas quinchas habían recibido una delgada capa de barro y paja de trigo, para evitar que el viento se colara también por allí. Tampoco tenían la subsistencia asegurada ya que aún no habían podido cosechar unos terrenos plantados de trigo y cebada. Por eso, lo único que consumían eran algunas papas de guarda y hortalizas de un pequeño huerto común. El poco trigo que tenían se usaba para molerlo con el fin de hacer pan, que se priorizaba sobre todo para los niños. La tarde cuando nosotros llegamos fue toda una fiesta porque nosotros entregamos a la cocina 2 tarros del “**chancho chino**” que habíamos recibido.

Menos mal que nos guardamos el tercero y las dos naranjas, porque ahí mismo los compañeros nos informaron la situación alimentaria que tenían. Y con todas sus letras nos dijeron que éramos bienvenidos pero que no contáramos ni con techo ni con comida: “porque ni para nosotros tenemos” nos dijeron. Lo del albergue no era un gran problema. Era verano y se podía dormir afuera. Por eso, nos trasladamos a unos 150 metros de las chozas y acampamos debajo de un añoso árbol, justo al lado de una acequia y una cerca de zarzamoras.

Ese fue nuestro “campamento” mientras estuvimos en el predio. Cada mañana encontrábamos al menos un alacrán aplastado bajo los sacos de dormir, pero no tuvimos problemas mayores. Excepción hecha del hambre por supuesto. Ya desde el tercer día no consumimos otra cosa que el pan duro que nos quedaba y las moras que recolectábamos por la orilla de la acequia. El trabajo político tampoco avanzaba ya que la mayoría de la gente estaba ocupada y dispersa por los terrenos del predio. Cuando intentamos llegar hasta ellos, tampoco querían ayuda y, por lo atareados que estaban, tampoco estaban por la labor de conversar, menos de política contingente. Por la tarde menos aún, todos estaban tan cansados que lo único que querían era echarse algo al estómago antes de ir a dormir.

Cuando entramos a la segunda semana, la situación empezó a hacerse insostenible. Con el compañero **Juan** encontrábamos que esto no tenía pies ni cabeza. Estábamos ahí prácticamente vegetando sin avanzar en ningún sentido y, más encima, pasando hambre por nada. Como yo era un poquito mayor y nunca me ha gustado aguantar demasiados “pelos en el lomo”, tomé la decisión.

- Compadre, no quiero que abandonemos esta tarea, pero hoy mismo nos vamos a Linares. A conversar sobre nuestra situación y a que nos proporcionen un poco de comida, le dije a **Mario**.

- De acuerdo, respondió él. Los comentarios estaban de más. Ya habíamos debatido esto largamente.

Así es que nos pusimos en camino. Sólo llevábamos las mochilas vacías y las cantimploras con agua.

Yo había preguntado a uno de los compañeros sobre cómo podíamos llegar al pueblo. Me dijo que lo mejor era cruzar por unos potreros cercanos ya que el camino al predio era un callejón daba muchas vueltas. Así lo hicimos. Media hora después, ya habíamos encontrado el camino pavimentado que lleva a Linares. Mientras caminábamos, hacíamos “dedo” a los pocos vehículos que pasaban. Finalmente, un camión cargado con sacos se paró a nuestro lado y el chofer nos autorizó a viajar encima de la carga.

Una vez en la ciudad, nos demoramos un poco en ubicar la casa blanca, pero lo conseguimos. Casualmente, el compañero que nos recibió era el mismo que nos había dado la prédica de la “autosuficiencia” y eso de que los campesinos tenían que alojarnos y alimentarnos... Y como veníamos acalorados y hambrientos ahí nomás empezamos a discutir fuertemente cuando explicamos el motivo de nuestra imprevista llegada. Yo le espeté su autoritarismo y su **“poca capacidad para ponerse en la piel de los demás”**, llegando a decirle que **“de seguro en su vida pequeñoburguesa nunca le había tocado pasar hambre”** y de **“no tener idea de la extrema pobreza de esos campesinos que el pretendía que nos alimentaran y dieran cobijo”**. Eso hizo que el compadre montara en cólera y empezara a gritarnos.

Ante el escándalo que se había formado en la puerta de la despensa, apareció el compañero Cancino que tenía una reunión en una de las piezas, y se dirigió hacia nosotros preguntando nuestros motivos. Se lo explicamos en pocas palabras y nos respondió que el asunto se arreglaría, que lo dejáramos en sus manos. Y nos preguntó si podíamos esperar un rato en el patio.

– “Vayan a tomar un poco de sombra debajo del parrón. Luego voy a conversar con ustedes”, nos dijo.

Como una hora después apareció con unas naranjas y nos informó que nos proporcionarían algunos alimentos para la semana que restaba de nuestra permanencia en el predio. Pero eso sería al día siguiente. Dijo que esa tarde-noche habría un ampliado en la casa y que podíamos participar. En la reunión, los distintos grupos informarían de los avances y problemas surgidos en el trabajo con los campesinos. Las conclusiones del ampliado serían parte de los temas de un encuentro del MCR que se realizaría posteriormente en la ciudad.

A la mañana siguiente, después desayunar *como la gente* (¡un jarro de café y pan fresco con margarina y queso!) volvimos -otra vez a dedo- a nuestro campamento en el predio controlado por sus trabajadores.

En las mochilas, unas cuantas latas de **chancho chino**, mermelada y algo de azúcar. Además, un chocoso de harina integral que habíamos comprado nosotros. Esa tarde también hubo **fiesta** en el fogón común de los campesinos. Ya que, como correspondía, una parte de los víveres fueron compartidos con ellos.

No podemos decir que, en nuestro caso, el trabajo político haya sido muy exitoso. Sin embargo, creo que esas familias con las que tuvimos contacto, de seguro recordarán que nunca quisimos aprovecharnos de lo poco que tenían y que, por el contrario, compartimos con ellos lo que pudimos conseguir.

Diez días después, viajamos con **Juanito** de vuelta a Santiago en el tren nocturno que venía de Temuco. El tren venía atestado de gente por lo que hicimos todo el trayecto de pie, llegando incluso a dormir largos minutos colgando de los pasamanos del vagón en que veníamos...

A mi amigo y compañero **Mario Gho Alarcón** lo ejecutarían el 16 octubre de 1973, cuando hacía el servicio militar. Lo que más duele es que, hasta el día de hoy, nadie ha sido juzgado por su asesinato.